

# Cuentos del Carrusel: La Casa de Huéspedes - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

Llegó el momento. Era hora de Brent de brillar.

Durante treinta segundos, iba a entrar en escena para ser el héroe.

Pero no parecería así.

Su nuevo arquetipo le preparaba para salvar el día de la manera más brutal. Era un arquetipo de sacrificio personal, uno de los más poderosos en el juego.

Curiosidad mató al vecino—Un arquetipo de Introducido que atraer toda la atención del enemigo y las cámaras, brindando a sus aliados la oportunidad perfecta para escapar, reagruparse o avanzar a la ofensiva.

Todo lo que tenía que hacer era salir de su refugio cómodo, preguntar: “¿Qué diablos está pasando aquí?” y luego esas pequeñas criaturas goblin lo dejarían en paz a Adeline y se volverían contra él. Lo matarían al instante, usualmente de manera dolorosa.

Ni siquiera sería un personaje con nombre en esta historia. Sus aliados obtendrían un impulso en su esfuerzo. Se prepararían para una victoria sencilla. Él quedaría hecho trizas. Muerto.

Adeline permanecía en la calle, al final del callejón sin salida, intentando apartar a los pequeños demonios de ella.

Ahora era el momento.

Solo un acto rápido de valentía y estaría segura. Brent estaría muerto.

Pero, ¿por qué debería él hacerlo?

Adeline no había muerto nunca. Ni una sola vez. Era una "Chica Final" en todos los sentidos. ¿No era su turno? ¿Por qué él tendría que morir otra vez?

Él no quería. Se escondía detrás de un arbusto cerca de la calle. Podría ayudarla con tanta facilidad. Su muerte sería rápida. Le arrancarían la cabeza o lo partirían en dos, algo repentino y aterrador para la audiencia. Conocía el ritmo.

Simplemente no podía hacerlo.

De todos modos, no necesitaban que ella estuviera viva para ganar. Miró a través del arbusto mientras ella era atacada. Sentía pena. Un poco.

Retrocedió. No iba a morir esta vez. Se negó.

-

—Hola, Silas—dijo Miles, el payaso del equipo, mientras apretaba el botón para reclamar sus recompensas—. Me gustaría una rubia alta que se ría de mis chistes y me tenga en sus brazos toda la noche.

Silas, el Showman Mecánico, agitó su linterna y de su dispensador salió una serie de billetes, además de unos pocos monedas.

—Lo siento, no tomo pedidos—dijo Silas con su voz de showman—. Estás pensando en mi primo, la máquina de discos.

Miles lanzó una carcajada profunda y sonora, inclinando la cabeza hacia atrás.

Luego, se volvió hacia sus compañeros y preguntó:— Oigan, chicos, ¿escucharon lo que acaba de decir Silas? Silas acaba de decir que su primo...—

Se detuvo de repente, dándose cuenta de que su equipo estaba distraído por una discusión bastante ruidosa entre William y Brent.

William era un joven universitario de sangre azul, con musculatura bien definida y una postura que imitaba la de un joven senador.

—Sabía que nos estabas escondiendo algo—dijo William con firmeza—. Ahora puedo demostrarlo. Podrías haber salvado a Adeline. Todo estaba preparado exactamente como Arthur y yo planeamos, pero no hiciste nada.

—Cosas de mierda—respondió Brent, firme ante su oponente más grande, negándose a ceder un ápice—. No puedo estar en todas partes a cada minuto del día. No sabía que ella estaba en peligro.

—La última vez, dijiste algo similar—replicó William, intentando mantener un tono tranquilo sin éxito—. Pero esa vez no tenía mi arquetipo de "Juegos de Guerra". Esta vez, te vi justo al lado de Adeline. Podrías haberla salvado de esas criaturas. No necesitábamos el arquetipo para saber que has estado evadiendo tu responsabilidad. Nos hemos dado cuenta de cómo vas bajando de nivel, lo sabes y lo sabemos.

Armó su brazo y exclamó: “William, esto es inútil. Él sabe lo que hace. No vamos a lograr que se detenga gritándole. Mejor regresemos a la base y le contamos a Curtis.”

En el fondo, Adeline lloraba en silencio.

Brent balbuceó algo ininteligible y luego dijo: “Esto es una estupidez de película. ¿Por qué ella tiene que seguir viva automáticamente? Yo he muerto muchas veces. ¿Por qué debería sacrificarme yo? A mi parecer, ella se lo buscó. Finalmente, sufrió las peores partes del golpe.”

Los ojos de William se agrandaron. “¡Es tu responsabilidad! Confiábamos en ti. Arthur planifica porque es el Sabio. Adeline cumple su papel como la Última Chica. Miles hace lo suyo como el Comediante. Jenny es nuestro atractivo visual. Y yo me aseguro de que todo funcione bien porque soy el Soldado.”

“¿Soldado?” preguntó Brent. “¿Tú estuviste en el ROTC? Corrías por el campus disfrazado. No eres un soldado.”

“Cuando la encontré,” dijo William intentando contener su rabia, “estaba hecha pedazos. Lo siento, Adeline, tengo que decírselo. Le quitaron la cara. Los dientes. Los dedos, los ojos. Hicieron todas esas cosas, menos matarla, porque no pudieron acabar con ella. ¿Sabes por qué?”

Brent no respondió. Se enfureció más con cada palabra que William pronunció.

“Porque ella es la Única que queda viva,” continuó William. “No puede morir hasta que nosotros todos lo hagamos. Si hubieras usado tu trope de sacrificio, tu muerte habría sido casi instantánea. Eres un extra. La suya tomó horas, maldito hijo de puta. Esa es mi hermana a la que le hiciste eso. Nunca volveré a hacer una misión contigo.”

William pasó junto a Brent rumbo a Silas, el Showman.

“Entonces, ¿es cierto?” preguntó Arthur a Brent. “¿Has estado, qué, haciendo el idiota todo este tiempo? ¿Te excluyeron del desfile el año pasado? ¿Por eso no estabas cuando te necesitamos? Sabía que pasaría.”

Brent no respondió.

Arthur interpretó eso como un sí y le siguió. Jenny llevó suavemente a Adeline hacia Silas.

“No debería tener que morir. No es justo,” susurró Brent, tan bajito que nadie lo escuchó.

Una vez que todos consiguieron sus boletos y comenzaron a regresar a la base, Brent corrió hacia Silas, le puso la mano en el botón y esperó a que Silas entregara sus recompensas.

Era cierto. Brent había subido de nivel mucho más lentamente que los demás en su equipo. No es que no quisiera ayudar o que no le importara, simplemente no podía permitirse morir a propósito. Había muerto bastante desde que llegó. Ahora que había conseguido algunos trope de Wallflower que le permitían mantenerse vivo, decidió seguir así.

“Esos tipos son unos imbéciles,” le dijo a Silas. “Que se jodan.”

Silas tardó un poco más de lo habitual en entregarle las ganancias a Brent. Este no recibió mucho. Nunca mucho. Casi nada de dinero. Sin boletos estadísticos. Desde hacía más de un mes que no obtenía uno de esos.

Pero sí recibió algo, algo que nunca soñó conseguir.

“¿Mandato de Habitabilidad?” leyó en voz alta mientras miraba el papel doblado que Silas le había dado. “¡Hace siglos que nadie recibe uno de estos!”

La Ciudad del Carrusel

Mandato de Habitabilidad

Por decreto de la Ciudad del Carrusel y bajo la autoridad de la Oficina del Alcalde, este documento certifica que:

Titular: Brent Henderson

Desde ahora tiene el derecho y la autoridad para reclamar como sede de operaciones, la vivienda, estructura o propiedad que se describe a continuación:

La propiedad conocida como la "Casa de Huéspedes", ubicada en el 616 de Nowlinger Rd., es una vivienda residencial independiente de un solo piso, construida principalmente con concreto armado y barras de acero, abarcando aproximadamente 111 metros cuadrados en total. Situada a unos 30 metros al noreste de la residencia principal, esta estructura cuenta con tres habitaciones principales, que incluyen una habitación sin ventanas, un baño con un armario de servicios cerrado con llave, una cocina con una puerta de acero sólida, y una sala de estar protegida con ventanas a prueba de roturas.

Bajo las disposiciones de esta Orden, se aplican las siguientes condiciones:

Sellada con el emblema de la Oficina del Alcalde.

Fecha de emisión: 12 de enero de 2004

Ese lugar es una fortaleza, pensó mientras leía la descripción. Y no tendré que hacer ninguna historia allá.

No pudo leer toda la Orden porque tuvo que ponerse al día con su equipo. Su antiguo equipo, quizás. Si William no quería hacer misiones con él, probablemente estaría solo.

-

La Herencia Geist fue en su tiempo la propiedad más grandiosa de todo Carousel. Bartholemew Geist construyó la mansión que descansaba tras sus puertas. Su hijo Carlyle la amplió y la llevó a

su tamaño actual. Su nieta Cherise edificó en el lado opuesto de la propiedad el Sanatorio para cuidar a los mentalmente enfermos como un esfuerzo solidario. En aquel entonces, fue hermosa.

Para cuando Brent llegó a vivir allí, todo había ido cuesta abajo. El Sanatorio cerró tras una mala publicidad, o eso contaba la leyenda. La mansión se había incendiado a medias. El ala oeste era cenizas. La casa principal estaba en ruinas, y las mazmorras laberínticas habían sido inundadas por la lluvia. Sin embargo, el ala este permanecía seca y habitable.

A veces, lograban acomodar casi cien personas en ella, en el ala más pequeña. La población fluctuaba, ya que algunos jugadores iban a buscar sus propias Bases de vez en cuando. Pero todos volvían eventualmente.

O morían.

Brent compartía habitación con otros veintidós hombres. La habitación tenía una chimenea operativa y baño. Eso era una ventaja.

Brent yacía en su litera escuchando cómo circulaban rumores de su cobardía en toda la propiedad. La gente no le perdonaba a los cobardes. Incluso los Hysterics le daban la espalda, y ser cobarde era su especialidad.

Este lugar era insoportable.

Casi se había quedado dormido cuando alguien se acercó a su litera. Era Curtis. El jefe.

Brent fingió la mejor expresión de arrepentimiento y se giró para mirar al hombre.

“No necesito decirte que lo que hiciste estuvo mal, ¿verdad?” preguntó Curtis.

Brent negó con la cabeza.

“Una muerte rápida es fácil de superar, considerando todo,” continuó Curtis. “Una muerte larga y agonizante puede dejar cicatrices que tardan años en desaparecer. Adeline está en muy mal estado. Incluso con mis trucos de Psiquiatra.”

“Lo siento,” mintió Brent. “Solo tenía miedo.”

Curtis no pareció comprador.

“Te asignarán a un nuevo equipo. Aún no sabemos quién, pero quien sea querrá algunas concesiones.”

“¿Concesiones?” preguntó Brent.

“Para asegurarse de que no puedas simplemente desaparecer en lugar de ayudar,” dijo.

“Confiamos mucho en los Wallflowers y los Forasteros para que no huyan. Tienen los trucos para eso. Nunca pensé que encontraría a alguien dispuesto a hacerlo, aunque. Aquí en Carousel, la

confianza es clave para triunfar.”

Brent permaneció en silencio durante un momento. Yacía en su cama, meditando sobre sus próximas palabras.

"¿Eso es lo que esto representa?" preguntó, rodeando con su brazo la habitación llena de gente. "¿Éxito? Si esto es triunfar, no puedo imaginar qué sería fracasar."

Para enfatizar su punto, un aullido espantoso resonó en algún lugar de las mazmorras inundadas.

"Los duendes están alterados por la tormenta. Tenemos todo bajo control," dijo Curtis. "Quizá no te guste nuestro alojamiento, pero no tienes idea de lo mucho que puede empeorar."

"Quizá," dijo Brent.

"Está bien," dijo Curtis. "Hablaemos mañana. Tal vez podamos arreglar algo."

Brent yacía boca arriba, mirando hacia el techo. Tomó la Carta que había acabado de obtener de su bolsillo.

La Carta era válida solo para un inquilino. Parecía que sería un respiro en medio de todo esto. Cosas muertas atravesando las aguas de la inundación abajo. Espectros cubiertos de ceniza flotando de un lugar a otro, víctimas del incendio ocurrido hace tiempo. Pinturas embrujadas. Pacientes mentales escapados de otras épocas. Este lugar era una pesadilla.

Claro, los jugadores eran cuidadosos y aún no había habido víctimas, pero solo era cuestión de tiempo.

Ya no podía seguir allí. Guardó la Carta de nuevo en su bolsillo. Había tomado una decisión. Se mudaría. Quizá, una vez que se fuera, les importaría cómo le habían tratado.

La Carta le aseguraba su seguridad durante el trayecto para reclamar la propiedad. Incluso así, el viaje desde la Propiedad Geist hasta su nuevo refugio fue aterrador. Logró que Amelia le ayudara a trazar la ruta más segura. A ella le gustaba planear con cuidado. Era parte de su carácter meticuloso.

Cuando terminó, tenía un plan detallado y exhaustivo de la ruta de paso, de modo que, incluso si la protección de la Carta fallaba, tendría opciones para esconderse o volver atrás.

Mientras hacía las maletas, aguardaba que alguno de sus antiguos compañeros llegara para preguntarle adónde iba. Podían verlo empacando, preparándose y poniéndose en marcha.

Ninguno de ellos le impidió o preguntó nada. Adeline lo observó, pero no dijo nada mientras él partía.

Resultó que toda la planificación de Amelia fue en vano, pues la protección de la Carta funcionó perfectamente.

-

La Casa de Huéspedes se encontraba en la zona nueva y más elegante del pueblo. La casa en cuestión estaba en un pequeño terreno adyacente al campo de golf. Todo un salto de nivel.

Brent esbozó una sonrisa burlona al acercarse a la vivienda en 616 Nowlinger. Sentía nervios por tocar la puerta. En Carousel, eso era impensable. No se hacía, pues se arriesgaba a despertar a un asesino en serie o algo por el estilo.

Por suerte, cuando Brent se acercaba, su nuevo arrendador y arrendadora estaban trabajando en el jardín. Lo notaron al llegar.

"¿Eres nuestro nuevo inquilino?" le preguntó la mujer, Martha Montresor, al llegar.

Era una mujer de carácter amable, alegre, de estatura baja y mejillas rosadas. Le recordaba a la señora Claus.

Su esposo, el reverendo Ned Montresor, no era exactamente Santa Claus. Era delgado, severo y en buen estado para su edad, como un veterano.

Eran NPCs de bajo nivel. La casa era bonita y el clima perfecto.

"Así es," afirmó Brent con una sonrisa.

"Genial", dijo Martha alegremente. "Mi esposo te mostrará el lugar. Yo tengo que ir a preparar el almuerzo."

Brent sonrió.

Había escuchado historias acerca de cuando Curtis y los demás llegaron a la Electrante Geist tras recibir la Orden de Habitación para la Mansión. Dicen que la "heredaron" de un pariente lejano. Esa era la historia, al menos. La historia aquí era distinta. Brent era un inquilino. Simple. Directo.

Sin presagios.

Sin cosas ahogadas y fantasmas que giman en el sótano.

Sin compañeros que lo presionen.

-

Rev. Montresor le mostró la propiedad. Le dijeron que no entrara en la casa principal. Le advirtieron que a veces se lanzan pelotas de golf en el jardín. De hecho, pronto lo comprobaría en carne propia.

El señor Montresor le hizo un recorrido por la Casa de Invitados con poca energía.

El lugar tenía todo. Una cama, televisión, cocina completamente equipada y baño. Todo lo necesario para relajarse.

“¿Tienen un perro?” preguntó, señalando la trampilla para perros en la puerta principal.

El reverendo Montresor miró hacia donde señalaba.

“No, señor,” dijo.

La visita continuó.

Mientras le mostraban la sala de estar, un fuerte golpe resonó detrás de él. Se asustó y saltó. “¡Maldita sea!” gritó, sorprendido.

Se volvió para ver la ventana en la pared opuesta. Estaba intacta. Observó una pelota de golf rodando por el césped. La orden decía que las ventanas eran irrompibles. Ahora entendía por qué.

“Aquí no toleramos ese tipo de lenguaje, hijo,” dijo el Rev. Montresor con tono severo.

“Oh. Perdón. Intentaré recordarlo,” respondió Brent.

El reverendo no respondió. Solo le lanzó una mirada severa y se fue.

Brent revisó minuciosa y cuidadosamente en busca de presagios en la Casa de Invitados. Efectivamente, no encontró ninguno. No contaba con demasiado talento para la exploración, así que caminó por el lugar, revisando cada objeto, esperando que la aguja en el ciclo de la trama señalara un presagio. Nunca lo hizo.

Estaba a salvo.

Era libre.

Mrs. Montresor dejó unas galletas aproximadamente una hora después. Estaban deliciosas.

Se volvió a recostar en su nueva cama y, sin darse cuenta, se quedó dormido. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

-

Fue despertado por un golpe en la puerta por la mañana. Miró el reloj. Era las 5:30 a.m.

No quería levantarse. El golpe continuaba.

Finalmente, cedió.

Se arrastró hasta la puerta principal. Cuando intentó abrirla, se horroriza al descubrir que no podía.

Luchó por girar la manecilla. No se movía.

“¿Hola?” preguntó, en shock.

“Aquí abajo, cariño,” dijo suavemente Mrs. Montresor.

La trampilla para perros se abrió un poco.

Brent dudaba en aceptar algo de ellos.

“Tómalo, hijo,” dijo el reverendo al otro lado.

“¿Por qué está la puerta cerrada?” exigió Brent.

“Esto explicará todo,” dijo el reverendo.

Miró hacia abajo, donde alguien en el otro lado deslizó un gran libro por la trampilla. Era de color rojo y con un diseño ornamentado.

Alcanzó a ver la mano que lo sostenía. Algo brilló en el papel tapiz rojo.

Una revelación lo iluminó de repente.

Se acercó a la ventana junto a la puerta y abrió la cortina.

Doce personas estaban afuera, incluyendo a los Montresor.

Todas estaban etiquetadas como “Adherentes” en el papel tapiz rojo. Enemigos. Tenían diez niveles sobre él. Debieron haber contado con un tropo para ocultar su verdadera naturaleza hasta ahora.

“Esto no es posible,” gritó él. “No se suponía que hubiera Presagios.”

Estaba seguro de que no había visto ningún Presagio, y mucho menos de haberlos provocado. Sin embargo, allí se encontraba, atrapado.

Corrió alrededor de la casa. No había salidas. Las ventanas, según lo anunciado, eran a prueba de golpes. La había imaginado como una fortaleza perfecta. Lamentablemente, las cualidades que hacen una fortaleza ideal también la convierten en una prisión perfecta. Alguien había entrado en la noche y había vaciado su comida. La televisión había desaparecido. ¿Cómo había dormido tan profundo que no la escuchó?

Las galletas.

Corrió de regreso a la puerta.

“Realmente me gustaría irme ahora,” gritó él.

“Tenemos que purificarte, querido,” dijo la señora Montresor con voz dulce. “Nos agradecerás después.”

“Maldita sea,” dijo en voz alta, después de pasear de un lado a otro durante un rato. “¡Mierda!”

“Ese tipo de lenguaje no es apropiado,” dijo el reverendo con una ferocidad aterradora.

El estancamiento duró todo el día.

“Si quieres comida,” dijo la señora Montresor, “solo tienes que mostrarnos tu sincero deseo de arrepentimiento. Lee del libro. El Gran Espíritu te guiará.”

Brent se inclinó y tomó el libro rojo. Era como una Biblia de un mundo de pesadilla. Los pasajes eran insanos, diferentes a cualquier cosa que hubiera leído antes.

“Déjame ir,” suplicó él.

Pero no lo hicieron. No esa noche. Ni ninguna noche después.

Pasaron los días. Luego semanas, meses.

Brent se sentaba junto a la puerta.

Cuando escuchaba que alguien llegaba afuera, recitaba del libro para su sustento diario.

“Sí, en la sombra del más profundo desespero de la noche, cuando el azufre llueve como lágrimas fundidas y los fuegos de juicio arden más intensamente que los mismos pozos del infierno...” Hizo una pausa. Quiso protestar, gritar enfadado, pero eso solo les daría motivo para castigarlo. “Que se parta vuestro corazón en arrepentimiento, para que vuestra alma encuentre refugio en el abrazo justo del Gran Espíritu. Porque en el inquebrantable dominio del anhelo y el sacrificio, la redención florecerá como una rosa solitaria en medio de una tumba eterna y desolada.”

La figura del otro lado de la puerta no habló por un momento.

Luego, preguntaron, “¿Por qué hiciste una pausa?”

No esperaron respuesta. Se alejaron, llevándose su comida con ellos.

Brent lloró.

-

“¿Qué es eso?” preguntó Miles.

William sostuvo el objeto para que los demás pudieran examinarlo. “Es la licencia de conducir de Brent. Debe habérsela dejado por accidente.”

“Vaya,” dijo Jenny. “Eso me devuelve el recuerdo. ¿Qué ha pasado? ¿Dos años?”

“Casi tres,” respondió William.

“¿Crees que todavía está allí afuera?” preguntó Adeline. “Quiero decir... nunca pusieron su cartel. ¿Crees que encontró una manera de salir?”

Los demás no parecían muy optimistas al respecto.

“Amelia y Curtis dicen que a veces las personas simplemente desaparecen,” dijo Arthur.

“¿Qué pasa con ellas?” preguntó Adeline.

“¿Cómo debería saberlo?” preguntó Arthur. “Dondequiera que esté, seguro que está en paz... ¿Y ustedes, han oído hablar del nuevo Cuartel?”

“Aún no,” dijo William. “He oído que es bastante agradable.”

“Tomé la orden de Curtis,” dijo Arthur, sacando el papel de su bolsillo. “Míralo.”

La Ciudad de Carrusel

Mandato de Habitabilidad

Por decreto de la Ciudad de Carrusel y bajo la autoridad de la Oficina del Alcalde, este documento certifica que:

Portador: Amelia Trenton

Se le otorga el derecho y la autoridad para reclamar la vasta propiedad conocida como:

La Cabaña de Dyer, situada en las instalaciones del Campamento Dyer en la Costa Este del Lago Dyer.

Bajo las disposiciones de esta orden, se aplican las siguientes condiciones:

Sellada con el emblema de la Oficina del Alcalde.

Fecha de emisión: 15 de diciembre de 2006

“¿Ves eso?”, dijo Arthur. “Garantía contra embargos y hostilidad. ¿Sabes qué significa eso?”

No esperó una respuesta.

“Que no hay fantasmas aullando”, dijo. “Ni cuadros embrujados. No hay fantasmas de fuego que nos despiertan en la noche cada invierno.”

“¿Eh?”, dijo William. “Ni siquiera sabía que se podía obtener algo así, donde garantizan que no habrá guaridas enemigas en la propiedad. Siempre pensé que había que explorar el lugar uno mismo. Asegurarse de que no te atacarán.”

“Quizá lo haga igual,” dijo Arthur. “¿Puedes imaginarte intentando vivir en un lugar sin verificar primero la presencia de enemigos?”

---

Revision #1

Created 27 March 2026 11:11:44 by Robert White Mar

Updated 27 March 2026 11:11:47 by Robert White Mar